

La Catequesis, Laboratorio de Sinodalidad

Rev. Aragon. Teol. 55 (2022)

*Delegación de Catequesis de Zaragoza*¹

1. Introducción

Asumiendo los retos que la realidad nos marca y apoyado en el magisterio del Papa Francisco, el Directorio para la catequesis enmarca muy bien el papel que la catequesis juega en la nueva evangelización. Está claro que es uno de sus pilares fundamentales, pero también está claro que la catequesis ha de adoptar unos acentos nuevos que faciliten el diálogo y el encuentro con los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Estos acentos que el Directorio nos presenta en muchos casos son transversales, tratando de situar la catequesis desde un nuevo paradigma². Una de las líneas fuerza más novedosas del Directorio es la constante referencia al Espíritu Santo, como verdadero protagonista de la evangelización. Esta presencia del Espíritu nos mueve y envía para hacer de la catequesis una verdadera acción espiritual capaz de suscitar una verdadera conversión que a su vez revitalice nuestras comunidades.

En esta línea de la conversión para la misión, el Directorio señala algunas características propias de la catequesis en este momento de la evangelización³, como son: una catequesis “en salida”, una catequesis “bajo el signo de la misericordia” y una catequesis como “laboratorio” de diálogo.

Esta imagen de “laboratorio” es la que nos gustaría sugerir, en esta reflexión conjunta que los miembros de la Delegación de catequesis ofrecemos en este número de la Revista Aragonesa de Teología, para acercarnos al tema de la sinodalidad.

Los trabajos sinodales en los que toda la Iglesia estamos inmersos responden al deseo de entablar un diálogo con todos para buscar cauces de renovación y misión: “En la escuela del admirable diálogo de salvación que es la Revelación, la Iglesia se entiende cada vez más a sí misma como llamada al dialogo con los

¹ El artículo ha sido realizado por Sergio Pérez Baena, M^a Dolores Ros de la Iglesia, Juan Sebastián Teruel Pérez, de la Delegación de Catequesis de la Diócesis de Zaragoza, profesores de Catequética del CRETA.

² Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis*, Madrid 2020, 4 (en adelante DC).

³ Cf. *Directorio para la catequesis* (DC 38-54).

hombres de su tiempo”⁴. La catequesis en este sentido es un “laboratorio”, un lugar en donde se produce un encuentro que está llamado a facilitar “algo nuevo”: “En el tiempo de la nueva evangelización, la Iglesia desea también que la catequesis acentúe este estilo dialogal, para que se haga más fácilmente visible el rostro del Hijo que, como con la mujer samaritana en el pozo, se detiene a dialogar con cada hombre para conducirlo suavemente a descubrir el agua viva. En este sentido, la catequesis eclesial es un “laboratorio” de diálogo auténtico, porque, en lo profundo de cada persona, se encuentra con la vitalidad y la complejidad, los deseos y las búsquedas, los límites y a veces incluso los errores de la sociedad y las culturas del mundo contemporáneo”⁵.

La catequesis es por tanto un “laboratorio” de sinodalidad, de acogida y encuentro, de diálogo y propuesta. Para ello, procesos y catequistas han de caminar juntos con el deseo de entablar la escucha activa del Espíritu que es la catequesis.

2. La catequesis al servicio de la conversión pastoral: todos discípulos misioneros

“Conversión” significa “cambio” de vida. Un cambio posible porque la acción transformadora de Dios nos precede y acompaña. Supone tomar conciencia de que Dios sale a nuestro encuentro y nos ofrece una vida nueva.

La misión de la Iglesia tiene como objetivo fundamental ayudar a cada persona al encuentro con Dios en Jesús de Nazaret y vivir lo humano desde la vida teologal.

El objetivo de la conversión pastoral es la capacitación de toda la Iglesia para que sea misionera. Esto solo será posible si la pastoral de la Iglesia consigue efectivamente que los bautizados vivan y comuniquen la experiencia del encuentro con Jesucristo y lo que esto conlleva para la vida de cada día⁶.

Así nos lo recordó el Papa al inicio de su pontificado: “Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino que somos siempre ‘discípulos misioneros’”⁷.

El Directorio para la catequesis pone el acento en la acción del Espíritu es esta etapa que llamamos *nueva evangelización*, ya que nos encontramos en una nueva

⁴ Cf. DC 53.

⁵ Cf. DC 54.

⁶ Cf. J. SASTRE, *La pedagogía de la conversión pastoral*, en Instituto Superior de Pastoral, *La conversión pastoral*, XXVI Semana de Estudios de Teología Pastoral, Estella 2015, 64-65.

⁷ Cf. Papa Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG 120).

época, marcada por la globalización y por la secularización, así como por el papel que desempeñan los medios de comunicación en el intercambio cultural.

La presencia constante del Espíritu nos mueve y anima porque: “El Espíritu es el alma de la Iglesia evangelizadora. Por eso la llamada a una *nueva evangelización* no coincide tanto con una dimensión temporal como con hacer que todos los momentos del proceso de evangelización se abran aún más a la acción renovadora del Espíritu del Resucitado. Los desafíos que los nuevos tiempos lanzan a la Iglesia pueden ser afrontados, en primer lugar, con un dinamismo renovador, pero este dinamismo solo es posible si se mantiene una firme confianza en el Espíritu Santo: ‘No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento’”⁸.

De este modo, la evangelización y la catequesis si quieren ser fieles al Espíritu han de promover y buscar nuevos dinamismos: “De un modo particular, hoy la espiritualidad de la nueva evangelización se realiza a través de una conversión pastoral, por medio de la cual, la Iglesia –según un dinamismo que atraviesa toda la Revelación– se siente llamada a realizarse en salida, y se proyecta en un estado permanente de misión. Este impulso misionero implica una verdadera reforma de estructuras y de las dinámicas eclesiales con el fin de que todas sean más misioneras. Es decir, capaces de vivificar con audacia y creatividad tanto el panorama cultural y religioso como el horizonte personal de todo hombre. Cada bautizado, como “discípulo misionero”, es sujeto activo de esta misión eclesial”⁹.

Como señalábamos en la introducción algunos acentos de la catequesis al servicio de una nueva evangelización son:

- Una catequesis “en salida misionera”: Que se acerque a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, caminando con ellos, allí donde están. Que prepare para la misión, acompañando a los cristianos en la maduración de las actitudes de fe, haciéndoles conscientes de que son discípulos misioneros, llamados a participar activamente en el anuncio del Evangelio y a hacer presente el reino de Dios en el mundo¹⁰.
- Una catequesis “bajo el signo de la misericordia”: “La misericordia, centro de la Revelación de Jesucristo, revela el misterio mismo de la Trinidad. Es el ideal de vida evangélica, el verdadero criterio de credibilidad de la

⁸ Cf. DC 39; EG 280.

⁹ Cf. DC 40.

¹⁰ Cf. DC 50.

fe, la trama más profunda de la vida eclesial. (...) La práctica de la misericordia es ya una auténtica catequesis; es una catequesis en acción, un testimonio elocuente tanto para los creyentes como para los no creyentes: ‘La nueva evangelización ha de usar el lenguaje de la misericordia, hecho de gestos y de actitudes antes que de palabras’¹¹.

- Una catequesis que sea “laboratorio” de diálogo: Como afirmaba Pablo VI: “La Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio”¹². El diálogo forma parte del ser de la Iglesia, de su vocación más profunda, vocación que “tiene su raíz en el misterio de Dios, que en Jesús entra en diálogo íntimo con el hombre”¹³.

3. Ungidos para caminar como Pueblo de Dios

El Concilio Vaticano II nos dejó algunas imágenes a través de las cuales nos acercamos al misterio de la Iglesia: “Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. (...). Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo. (...) La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (Cf. Jn 13,34). Y tiene en último lugar, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos El mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra (Cf. Col 3,4)”¹⁴.

Despertar la conciencia de pueblo de Dios, asumiendo y actualizando la reflexión teológica del Concilio Vaticano II es vital para la Iglesia de hoy si quiere ser fiel a su misión evangelizadora. Llamados por el papa Francisco a “caminar juntos”, poniendo en común los dones que el Espíritu ha derramado en las distintas comunidades, supone estar a la escucha de la Palabra y educar en una mentalidad de fe que pueda transformarnos en discípulos misioneros¹⁵.

“En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El

¹¹ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización*, 14 - 10 - 2013.

¹² Cf. San Pablo VI, Carta encíclica «Ecclesiam suam». El “mandato” de la Iglesia en el mundo contemporáneo (ES 34).

¹³ Cf. DC 53.

¹⁴ Cf. Vaticano II. Constitución dogmática sobre la Iglesia. *Lumen gentium* (LG 9).

¹⁵ Cf. DC 3.

Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace infalible “in credendo”. Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión”¹⁶.

Este instinto de la fe, don del Espíritu, es el que nos capacita como bautizados a vivir como hijos y a sentirnos enviados a evangelizar hoy en Iglesia. Es el fundamento de la sinodalidad, de “caminar juntos”, aportando lo que hemos recibido para que nuestras comunidades crezcan al servicio del Reino.

En esta Iglesia sinodal, es central el discernimiento de los carismas, los dones, con los que el Espíritu enriquece a nuestras comunidades. Uno de ellos, poco valorado en esta época, es el ministerio del catequista. En nuestro entorno, hablar de catequesis era equivalente a hablar de infancia. Incluso cambiamos la palabra catequista por animador, monitor, educador,... En una sociedad en su mayoría católica, parecía que la catequesis era solamente para una etapa inicial de la vida. Todavía hoy es raro encontrar procesos de catequesis de adultos en nuestras comunidades.

Por ello valoramos positivamente el perfil de catequista que nos ofrece el Directorio para la catequesis: “En virtud de la fe y la unción bautismal, en colaboración con el magisterio de Cristo y como servidor de la acción del Espíritu Santo, el catequista es:

- Testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios. Al experimentar la bondad y la verdad del Evangelio en su encuentro con la persona de Jesús, el catequista custodia, alimenta y da testimonio de la vida nueva que de él deriva y se convierte en un signo para los demás. La fe contiene la memoria de la historia de Dios con la humanidad. Custodiar esta memoria, despertarla en los demás y ponerla al servicio del anuncio es la vocación específica del catequista. El testimonio de vida es necesario para la credibilidad de la misión. Reconociendo su propia fragilidad ante la misericordia de Dios, el catequista nunca deja de ser un signo de esperanza para sus hermanos.

¹⁶ Cf. EG 119.

- Maestro y mistagogo que introduce en el misterio de Dios, revelado en la Pascua de Cristo. Como icono de Jesús Maestro, el catequista tiene la doble tarea de transmitir el contenido de la fe y de conducir al misterio de la misma. El catequista está llamado a abrir a la verdad sobre el hombre y sobre su vocación última, comunicando el conocimiento de Cristo; y, al mismo, introducir en las diversas dimensiones de la vida cristiana, desvelando los misterios de la salvación contenidos en el depósito de la fe y actualizados en la liturgia de la Iglesia.
- Acompañante y educador de quienes le han sido confiados por la Iglesia. El catequista es un experto en el arte del acompañamiento, tiene competencias educativas, sabe escuchar y guiar en el dinamismo de la maduración humana, se hace compañero de viajes con paciencia y con sentido de la gradualidad; dócil a la acción del Espíritu, en un proceso de formación, ayuda a sus hermanos a madurar en la vida cristiana y a caminar hacia Dios. El catequista, experto en humanidad, conoce los gozos y las esperanzas del hombre, sus tristezas y angustias y sabe cómo relacionarlas con el Evangelio de Jesús¹⁷.

Vivimos en una sociedad en la que se quieren secularizar hasta las fiestas religiosas más enraizadas en la tradición de cada uno de nuestros pueblos. En este contexto, no podemos seguir viviendo la fe de forma individual. Una fe que, para muchos cristianos, no da respuesta a las grandes preguntas de sentido que todos nos hacemos. Necesitamos ofrecer comunidades adultas en las que se puedan vivir itinerarios de fe, acompañados por estos catequistas que son testigos del Evangelio.

4. La comunidad cristiana, lugar de catequesis

En el sumario recogido en el libro de Hechos de los Apóstoles (Hch 2,42-47), Lucas nos cuenta brevemente la vida interna de la primera comunidad de Jerusalén como efecto inmediato del don del espíritu. Describe las actitudes y prácticas que expresan y mantienen esa vida. Este texto revela cómo la comunidad cristiana es ya en sí misma una catequesis viviente; siendo lo que es, anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio vital de la catequesis¹⁸. Aquí se formula lo esencial que sostiene la vida en común del cristiano y pone de manifiesto la centralidad de lo comunitario para todo seguidor de Jesús.

Toda persona es un ser social llamado a desarrollarse en relación con los otros. La fe cristiana es comunitaria, nadie puede vivir la fe en solitario. Por el Bau-

¹⁷ Cf. DC 113.

¹⁸ Cf. Congregación para el clero, Directorio general para la Catequesis (DCG 141).

tismo somos incorporados a la comunidad cristiana, a la Iglesia. Hemos recibido el Espíritu para formar un solo cuerpo construyendo la comunión desde sus dos ejes: la filiación y la fraternidad. Pueden parecer afirmaciones obvias, pero es importante subrayarlas puesto que inciden en el corazón de la catequesis y en su centralidad en la construcción de la Iglesia. En la catequesis la Iglesia encuentra una consolidación de su vida interna como comunidad de creyentes y de su actividad externa como misionera: «La comunidad eclesial, a todos los niveles, es doblemente responsable respecto a la catequesis: tiene la responsabilidad de atender a la formación de sus miembros, pero también la responsabilidad de acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido»¹⁹.

Se trata de un tema de perenne actualidad. La iniciación cristiana, como toda iniciación, es un proceso social y comunitario que reclama la presencia de un grupo, de una comunidad que encarna y refleja un modo de ser y de vivir, que se abre e invita para que otros puedan descubrir y acoger lo que le es más original y valioso, que orienta y acompaña en el camino de entrada en una forma nueva de vida. Desde este enfoque nos encontramos con la pregunta sobre la comunidad cristiana, su vinculación con la catequesis, su papel en los procesos de iniciación, su renovada actualidad, las implicaciones mutuas entre catequesis y comunidad, su alcance y desarrollo, las consecuencias prácticas que se derivan de esta relación.²⁰

La necesaria vinculación y la estrecha interdependencia entre catequesis y comunidad es una afirmación plenamente compartida, con historia y tradición: «La actividad catequética, que tiene como objetivo principal iniciar y fundamentar en la fe de la comunidad creyente e insertar en esa misma comunidad a quien ha dado su adhesión a Jesucristo, no puede, por ello, separarse, en modo alguno de la vida de la Iglesia».²¹ Como recoge el Directorio General para la catequesis la comunidad cristiana es la realización histórica concreta del don de la «comunión», que es fruto del Espíritu²². Se aplica tanto a la comunidad cristiana inmediata como a las comunidades cristianas referenciales, que son la Iglesia particular y la Iglesia universal. La comunidad cristiana inmediata es el espacio eclesial concreto donde el cristiano nace a la fe, se educa en ella y la vive, el punto de partida y el clima donde se inicia y madura en la fe. El documento describe los rasgos que identifican dicha comunidad: se trata de una comunidad cristocéntrica, congregada por la Palabra de Dios, orante

¹⁹ Cf. San Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (CT 24).

²⁰ Cf. Asociación Española de Catequetas (AECA), *La catequesis que soñamos*, Madrid 2015, 49ss.; Asociación Española de Catequetas (AECA), *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, Madrid 2008, 65-71.

²¹ COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*, Madrid 1983, 253 (en adelante CC). A pesar del tiempo transcurrido, consideramos que mantienen toda su vigencia muchas de las orientaciones e intuiciones que ofrece este documento en relación al tema de la catequesis y la comunidad.

²² Cf. DGC 253.

y centrada en la Eucaristía, suscitadora de comunión eclesial, misionera, corresponsable y ministerial, consciente de sus límites y necesitada de complementariedad y de talla humana. La comunidad cristiana inmediata está siempre ordenada -integrada y en comunión- a la Iglesia diocesana y a la Iglesia universal.²³

Catequesis y comunidad se reclaman. Hay que afirmar con fuerza de nuevo la relación estrecha que vincula la catequesis a la comunidad. Podemos hablar de una clara opción comunitaria en la conciencia catequética actual, subrayada reiteradamente en el magisterio catequético por los sucesivos directorios: “la comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis”²⁴. Ahora bien, hay que reconocer que, aunque el planteamiento teórico es incuestionable, no siempre se reflejan con la misma claridad en la práctica pastoral y catequética las implicaciones y repercusiones concretas de la vinculación entre catequesis-comunidad. La catequesis capacita básicamente al cristiano para vivir en comunidad y para participar de forma activa en la vida y misión de la Iglesia. De la comunidad nace el anuncio del Evangelio, en ella se acoge como familia de Dios al que desea vivir la vida nueva que ofrece Jesucristo, ella acompaña el camino ofreciendo un itinerario catequético concreto²⁵. La comunidad es además el seno materno en el que nace y crece la vocación específica para el servicio de la catequesis, lugar para la formación del catequista. Una comunidad que experimenta el poder de la fe, del perdón, del amor, es la que mejor puede anunciar y educar de manera natural²⁶.

En el nuevo Directorio para la catequesis “se reafirma el papel de la comunidad cristiana como lugar natural de generación y maduración de la vida cristiana”²⁷ quedando de esta manera suficientemente subrayado que la catequesis es una acción de naturaleza eclesial, siendo esta dimensión esencial y constitutiva. En analogía con el conocido adagio sobre la relación entre Iglesia y Eucaristía, podríamos decir que si “la Iglesia hace la catequesis” (la Iglesia como sujeto de la catequesis), también es verdad que “la catequesis hace la Iglesia” (la Iglesia como objetivo y meta de la catequesis). Se afirma aquí la dimensión eclesial de la catequesis, puesto que es la Iglesia la que catequiza; pero, también se quiere entender la actividad catequética como lugar de educación para el “sentido de la Iglesia”, lugar de “experiencia” de Iglesia y como factor de renovación de la misma Iglesia.²⁸

La vivencia comunitaria es un don para la acción educativa cristiana, pero también una tarea. Todos sabemos por experiencia que la vida cristiana en comunidad

²³ Cf. CC 254-266.

²⁴ Cf. DGC 254.

²⁵ Cf. DGC 86; 254.

²⁶ Cf. DC 133.

²⁷ Cf. DC 4.

²⁸ Cf. E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*, Madrid 2009, 168-169.

no se improvisa, requiere de atención y de cuidado, de un proceso de aprendizaje y de un esmerado cultivo de la espiritualidad de comunión²⁹.

Para lograr la finalidad propia de la catequesis que es la comunión con Cristo³⁰, la catequesis desarrolla diversas tareas interconectadas entre sí. Entre ellas, y no menor, la introducción en la vida comunitaria: “La fe se profesa, se celebra, se expresa y se vive sobre todo en la comunidad: «La dimensión comunitaria no es solo un ‘marco’, un ‘contorno’, sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización»”³¹. En referencia a la educación en la vida común la catequesis tiene la tarea de desarrollar el sentido de pertenencia a la Iglesia, educar en el sentido de la comunión eclesial y formar en la corresponsabilidad. En esta tarea todos están llamados a aportar su “granito de arena” como sujetos activos en la edificación de la comunidad y como discípulos misioneros en su crecimiento³².

El catequista ha asumido una misión que la Iglesia le confía: ser educador de la fe. Nunca debe perder de vista que no actúa en nombre propio, no “va por libre”, ni es un “espontáneo” que salta al ruedo, sino un enviado de la comunidad. Tampoco debe actuar de manera aislada, sino en equipo de forma coordinada y corresponsable con los demás catequistas y con el resto de la comunidad. La catequesis de la comunidad, el equipo de catequistas, los grupos de catequesis son espacios donde se hace experiencia de “caminar juntos” en la fe y donde se ejercita la escucha y el discernimiento. La preparación concreta, la realización y la evaluación de los itinerarios de fe constituyen los momentos de un laboratorio formativo permanente para cada uno de los catequistas.

La catequesis, laboratorio de sinodalidad, reza el título del presente artículo. Ciertamente, si todo laboratorio alude a aquella realidad donde se experimenta o se elabora algo, la catequesis es lugar donde se hace experiencia de caminar juntos a la escucha de la Palabra, guiados por la acción del Espíritu, y tiene como meta la confesión personal y comunitaria de la fe. Una forma concreta en el camino de la evangelización es la práctica sinodal, que se realiza a nivel universal y local. La conciencia renovada de la identidad misionera requiere capacidad de compartir, de comunicar; lleva a discernir juntos y conduce a actuar en sinergias con los dones de todos³³. La sinodalidad es también un modo de la catequesis de la comunidad.

Siendo fiel a Dios y a la persona humana³⁴, la catequesis busca ser mediación que propicia y favorece el encuentro con Dios. La comunidad cristiana no es sólo

²⁹ Cf. DGC 86.

³⁰ Cf. *Catechesi Tradendae* 5.

³¹ Cf. DC 88.

³² Cf. DC 89.

³³ Cf. DC 289.

³⁴ Cf. DCG 145.

“lugar” de la catequesis, sino su “hogar”, es en ella donde la catequesis se siente “como en casa” y en donde los catequistas están llamados a vivir su vocación de acompañantes e iniciadores de experiencia de comunidad.

5. El catequista, maestro en el arte de acompañar

El acompañamiento es un estilo de acción de una Iglesia que se hace compañera de camino en el itinerario de madurez en la fe de sus miembros. La catequesis entendida como un acompañamiento supone que toda la comunidad cristiana, como ya hemos señalado, es responsable en la tarea de iniciar y educar en la fe.

Podemos situar la tarea del acompañamiento en catequesis desde la perspectiva marcada por el Papa emérito Benedicto XVI al afirmar que vivimos una época de emergencia educativa³⁵. Para Benedicto XVI la educación cristiana busca acompañar hasta el encuentro de dos libertades. En primer lugar, se produce un encuentro entre Dios y cada persona, pero también, se produce un encuentro entre cada persona y la comunidad cristiana, encarnada en el acompañante, educador o catequista. Ahondando en las raíces de la apuesta eclesial por el acompañamiento el Papa emérito reconocía que en la pastoral de las últimas décadas había prevalecido una opción por el grupo. Sin restar importancia a ésta, proponía la necesidad de dar mayor cabida a la personalización de la fe y al acompañamiento³⁶.

Esta emergencia educativa denunciada frecuentemente por Benedicto XVI marcó una senda por la cual transitaría posteriormente Francisco al proponer con fuerza el acompañamiento al comienzo de su magisterio: “la comunidad evangelizadora se dispone a “acompañar”. Acompañar a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico”³⁷.

Desde el inicio de su pontificado el Papa Francisco nos ha alentado a acompañar haciendo de la misión de la Iglesia, una misión marcada por la acogida, el diálogo y la escucha: “sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día”³⁸.

De la misma manera, el acompañamiento en catequesis y el ministerio del catequista como acompañante se ven iluminados desde el Sínodo dedicado a los jóvenes. Este Sínodo nos dejó como fruto postsinodal la Exhortación “Christus vivit”

³⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma*, 21 - 1- 2008.

³⁶ Cf. J. CRESPO-BUEIS (coord.), *Acompañar a jóvenes*, Madrid 2021, 39-41.

³⁷ Cf. EG 24.

³⁸ Cf. EG 44.

que es “en muchos sentidos, la realización concreta de la idea de acompañamiento surgida en el camino sinodal”³⁹. Es en esta Exhortación donde Francisco pone en relación las tareas del acompañamiento y el discernimiento que bien podían ser los dos pilares fundamentales de toda acción pastoral. Él reconoce que para poner en relación ambas tareas es necesario tener en cuenta:

“La primera sensibilidad o atención es a la persona. Se trata de escuchar al otro que se nos está dando él mismo en sus palabras. El signo de esta escucha es el tiempo que le dedico al otro. No es cuestión de cantidad sino de que el otro sienta que mi tiempo es suyo: el que él necesita para expresarme lo que quiera. Él debe sentir que lo escucho incondicionalmente, sin ofenderme, sin escandalizarme, sin molestarme, sin cansarme. Esta escucha es la que el Señor ejercita cuando se pone a caminar al lado de los discípulos de Emaús”⁴⁰.

“La segunda sensibilidad o atención es discernidora. Se trata de pescar el punto justo en el que se discierne la gracia o la tentación. Porque a veces las cosas que se nos cruzan por la imaginación son sólo tentaciones que nos apartan de nuestro verdadero camino. Aquí necesito preguntarme qué me está diciendo exactamente esa persona, qué me quiere decir, qué desea que comprenda de lo que le pasa. Son preguntas que ayudan a entender dónde se encadenan los argumentos que mueven al otro y a sentir el peso y el ritmo de sus afectos influenciados por esta lógica”⁴¹.

“La tercera sensibilidad o atención se inclina a escuchar los impulsos que el otro experimenta “hacia adelante”. Es la escucha profunda de “hacia dónde quiere ir verdaderamente el otro”. Más allá de lo que siente y piensa en el presente y de lo que ha hecho en el pasado, la atención se orienta hacia lo que quisiera ser. A veces esto implica que la persona no mire tanto lo que le gusta, sus deseos superficiales, sino lo que más agrada al Señor, su proyecto para la propia vida que se expresa en una inclinación del corazón, más allá de la cáscara de los gustos y sentimientos. Esta escucha es atención a la intención última, que es la que en

³⁹ R. SALA, *El acompañamiento. La evolución del concepto durante el sínodo sobre los jóvenes*, *Sinite* 184 (2020), 227 - 241.

⁴⁰ Exhortación Apostólica del Papa Francisco *Christus vivit* (ChV 292).

⁴¹ Cf. ChV 293.

definitiva decide la vida, porque existe Alguien como Jesús que entiende y valora esta intención última del corazón”⁴².

De esta manera el discernimiento se convierte en un instrumento para reconocer la propia vocación y responder al Señor desde la propia libertad. Es desde aquí donde la catequesis se presenta como un lugar de encuentro en donde el acompañante y el acompañado viven un proceso de maduración de la fe desde la escucha mutua.

Para vivir el acompañamiento en catequesis hemos de plantear toda acción catequética como un gran proceso iniciático en donde se asientan las bases de una futura y plena vida cristiana. La catequesis entendida como un gran aprendizaje-formación para la vida cristiana (concebido según la concepción antigua del catecumenado de “tirocinio” = entrenamiento o ejercitación) exige catequistas acompañantes y mistagogos, que caminen juntos e inicien en los misterios de la fe. De esta manera la catequesis se convierte en un “laboratorio” de experiencias y búsquedas, en donde el yo se convierte en nosotros y en donde se aprende a valorar al otro como compañero de camino.

Damos algunas claves para soñar una catequesis y unos catequistas así, acompañantes y acompañados⁴³:

- Una catequesis que entrena es una catequesis que acompaña. El acompañamiento no es un simple medio o recurso, sino que forma parte del proceso del aprendizaje iniciático. El aprendizaje exige un acompañamiento.
- El catequista acompañante-entrenador. Al plantearse la catequesis como un tirocinio, escuela de fe o gimnasio, se sitúa al catequizando en el centro del proceso, como protagonista de su propia ejercitación. Pero esto evidencia la importante figura del entrenador, ya que nadie se inicia por sí mismo a la fe. Necesitamos ser iniciados, que alguien nos prepare y ejercite en la vida cristiana: “Nadie se inicia a sí mismo, toda persona es iniciada. Son siempre otros los que introducen a alguien en la nueva situación o en el nuevo grupo. Toda iniciación reclama un iniciador. En el caso de la iniciación a la fe cristiana, es la Iglesia madre, la que inicia, la que engendra a la fe con la gracia de Dios. Este proceso se lleva a cabo a través de unos mediadores que acompañan al iniciado, el catequista acompañante”⁴⁴.

⁴² Cf. ChV 294.

⁴³ Cf. M. LÓPEZ VALERA, *Iniciar en catequesis a la vida cristiana. Entrenar y acompañar*, Sinite 184 (2020), 243-306.

⁴⁴ A. ALCEDO, *Iniciar en la fe*, Madrid 2016, 22-23.

- Acompañamiento personal “en el camino” y “en los caminos”. Porque el acompañamiento es personal y cada persona es un cúmulo de experiencias, la catequesis acompaña allí donde la persona está, en su propio camino personal y existencial. Pero siendo fiel a su ser, la catequesis, personalizando el mensaje y procurando ser fiel al mandato misionero propondrá diversos caminos por los cuales cada persona en su contexto diferenciado está llamada a encontrarse con el Señor.
- Acompañamiento compartido “con otros”. El aprendizaje iniciático conlleva hacer juntos un camino, catequistas y catequizandos se necesitan. Se trata de hacer un proceso espiritual juntos a la escucha del acompañante principal que es el Espíritu Santo.

Los catequistas acompañantes se vislumbran como insustituibles en la tarea de la evangelización y de esta manera en la educación para la misión. Misión marcada por la sinodalidad, la comunión y la participación. La catequesis se convertirá en un “laboratorio” iniciático de sinodalidad en la medida que haga de sus procesos verdaderos encuentros de escucha y docilidad al Espíritu.

6. Iniciar en sinodalidad

Las tareas propias de la catequesis son muchas, y en todas ellas la acción que realiza es iniciática. A través de los procesos de aprendizaje iniciamos en la fe de la Iglesia con todo lo que esto conlleva: contenido de la fe, oración, celebración, vida moral, comunidad... En el aspecto que nos ocupa la catequesis tiene la tarea de “desarrollar el sentido de pertenencia a la Iglesia; educar en el sentido de comunión eclesial, al promover la aceptación del Magisterio, la comunión con los pastores y el diálogo fraterno; formar en el sentido de corresponsabilidad eclesial, contribuyendo como sujetos activos a la edificación de la comunidad y como discípulos misioneros a su crecimiento”⁴⁵.

En este sentido la sinodalidad, es “mucho más que la celebración de encuentros eclesiales y asambleas de Obispos, o una cuestión de simple administración interna en la Iglesia; la sinodalidad indica la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora”⁴⁶.

⁴⁵ Cf. DC 89.

⁴⁶ SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. Documento preparatorio*, 10.

Iniciar en sinodalidad es de alguna manera volver la mirada a la comunidad primitiva y descubrir los elementos que la constituían en corresponsable, la experiencia del Nuevo Testamento nos ayuda a tener claras tres coordenadas⁴⁷:

- Los bautizados se consideran portadores de la misión de la Iglesia, como se comprueba por el compromiso evangelizador de todos y por el acompañamiento que realizan respecto a los nuevos convertidos que recorren todo el proceso de la iniciación cristiana.
- Las diversas funciones de la vida eclesial dan origen a un abanico de ministerios que son desempeñados por personas distintas; la complementariedad de los carismas contribuye así a la edificación de la Iglesia.
- El carácter reducido de las comunidades eclesiales facilitaba la cercanía en las relaciones, la transparencia en la toma de decisiones, la inmediatez del diálogo y del discernimiento.

La experiencia de la comunidad primitiva descrita nos alienta en la tarea de promover una catequesis que anime a los catequizandos a tomar conciencia de su Bautismo, sólo así podremos iniciar en sinodalidad, sólo así el bautizado vivirá las exigencias propias del seguimiento de Jesús en comunidad. Recuperar el valor del Bautismo y lo que supone, es descubrir lo que nos une y envía en la construcción de la Iglesia de Jesús. Este caminar juntos a la luz del Espíritu que es la sinodalidad presenta algunos objetivos propios, descritos en los trabajos previos a Sínodo, que son asumibles por la catequesis y que coinciden con algunas de las tareas que le son propias⁴⁸:

- Hacer memoria del Espíritu y vivir un proceso eclesial participativo.
- Reconocer y apreciar la riqueza y la variedad de los dones y carismas del Espíritu, que se manifiestan para el bien de la comunidad y la misión.
- Examinar cómo se vive la responsabilidad y el poder y sostener la comunidad cristiana como sujeto creíble en los caminos del diálogo.
- Regenerar las relaciones entre los miembros de las comunidades cristianas y favorecer la valoración y la apropiación de los frutos de las experiencias sinodales.

Iniciar en sinodalidad es iniciar en la experiencia de la fe que está llamada a ser vivida con otros, construyendo la comunidad. Iniciar en sinodalidad es profundizar en

⁴⁷ Cf. E. BUENO-R. CALVO, *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, Madrid 2020, 66.

⁴⁸ DP 2.

el Bautismo que nos hace miembros de un pueblo activo, no mero espectador en las cosas de Dios. Iniciar en sinodalidad es educar la mirada y el oído para estar atentos a la voz del Espíritu que nos exige fidelidad y conversión.

7. Conclusión

Vivir la sinodalidad es un don y una tarea. Educar e iniciar en sinodalidad es un proceso que exige no solamente cambios eclesiales sino también personales. La conversión comunitaria se sostiene en la conversión personal. No hay vivencia de sinodalidad si cada uno no abre su existencia al Espíritu y colabora con Él asumiendo los dones que le regala para el bien común. La catequesis como “laboratorio” de sinodalidad se vislumbra como un camino de aprendizaje en donde el catequista acompaña y anima desde su propia experiencia de Iglesia. Caminar juntos no se improvisa, al caminar juntos le precede un encuentro con Cristo auténtico y transformante.

Bibliografía

- ALBERICH, E., *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*, Madrid 2009
- ALCEDO, A., *Iniciar en la fe*, Madrid 2016, 22-23.
- ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (Aeca), *La catequesis que soñamos*, Madrid 2015
- _____, *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, Madrid 2008
- BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma*, 21 - 1- 2008.
- BUENO, E. -R. CALVO, R., *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, Madrid 2020, 66.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*, Madrid 1983
- CRESPO-BUEIS, J. (coord.), *Acompañar a jóvenes*, Madrid 2021
- FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización*, 14 - 10 - 2013.
- LÓPEZ VALERA, M., *Iniciar en catequesis a la vida cristiana. Entrenar y acompañar*, Sinite 184 (2020)
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis*, Madrid 2020, 4, (en adelante DC).
- SALA, R., *El acompañamiento. La evolución del concepto durante el sínodo sobre los jóvenes*, Sinite 184 (2020)
- SASTRE, J., *La pedagogía de la conversión pastoral*, en Instituto Superior de Pastoral, *La conversión pastoral*, XXVI Semana de Estudios de Teología Pastoral, Estella 2015
- SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. Documento preparatorio*